

Turbocrónicas

De chiflados, cretinos y otras vainas

MARCO AURELIO CARBALLO

*A la memoria de doña Enriqueta López de Carballo,
madre de más de cuatro.*

Gustavo Gonzalí parecía destinado a ser hombre-orquesta aunque formó parte de un trío de cantantes y enseguida de un conjunto musical. Se constituyó en hombre-orquesta como autor de libros al escribirlos, diseñarlos, formarlos, hacer la portada y encuadernarlos, es decir editarlos él mismo. Al parecer es el comienzo invariable de todo autor del tercer mundo o del primero. El Papa Hemingway (1899-1961) pagó los doscientos ejemplares de su primer libro, de poemas. El de la tecla desembolsaría la hechura de trescientos ejemplares de La tarde anaranjada y otros relatos, y aportó el papel de estraza, los cartones de la portada, la pita y los sellos del título y de la firma.

Gonzalí está en condiciones de editar mil ejemplares de su primer libro (tiene ese número de portadas) con ventajas sobre Hemingway y sobre el de la tecla, acaso porque él se lanzó al mercado editorial hasta en este nuevo siglo. De Hemingway (admirable, mayor y padre) sólo queda su obra a cuarenta y tres años de haberse descerrajado un escopetazo que le voló la tapa de los sesos. La principal ventaja de Gonzalí es que a cada determinado número de ejemplares podrá incorporar las correcciones o los datos que él necesite incorporar.

Un poco de esto hablamos el día de la presentación de su libro escrito en solitario, Los caminos torcidos de Soconusco, un año después de haber publicado varios textos en Los cuentos del Taller, un colectivo de los compañeros del Taller de Narrativa, que editó el mismo Gonzalí. Fue éste un ejercicio para publicar enseguida libros formales, con lomo (la diferencia entre folleto y libro, he aprendido), tapas duras y, lo formidable,

sólidos aunque engrapados. En climas como el de Tapachula un libro sólo pegado sin coser (costurado decimos en soconusquense) corre el peligro de descuadernarse y convertirse en mazo de naipes, si bien un mazo de naipes extraordinario.

Hernán Becerra Pino, el empresario Clemente Miguel López Zepeda, ex presidente de la Coparmex, y el de la tecla presentamos la obra de ciento cincuenta páginas, con tablas y mapa, en la Casa de la Cultura. Becerra hizo el elogio del libro, el de la tecla también y leyó su prólogo y el señor Zepeda informó de sus planes para crear una fundación, en junio del 2005, que publicará de quince a veinte libros anuales de autores soconusquenses. Así no padecerán el viacrucis de buscar editor, fenómeno del tercer mundo y del primero, como le sucedió al Papa Hemingway.

Habrá fundación pero falta una casa editora que podría constituir Gonzalí. El gobierno federal o del estado no tiene por qué publicarle a todo el mundo. En ninguna parte ocurre así. Incluso la iniciativa privada (IP) ha pedido al gobierno que se abstenga porque resulta una competencia desleal.

El señor López Zepeda, abogado y contador, dio a conocer lo que piensan los políticos de los escritores. Políticos “segundones que no pasan de ser alcaldes”, puso en claro. Es bien sabido lo que políticos encaramados en el poder hacen con los artistas, quienes aportan seis por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) de este país, mientras aquéllos aportan cero pesos, cero centavos. La primera decisión que toman en época de crisis, cada sexenio, sean del partido que sean, es recortar el presupuesto de la cultura. Se ignora a ciencia cierta el porqué.

Quizá lo que reveló el señor López Zepeda sea nada más un argumento de varios, pero los políticos se cuidan de abrir el pico sólo para expulsar su verborrea inane, al contrario de los artistas, unos bocazas por excelencia con sus excepciones. Los políticos “segundones”, dijo Zepeda, le han preguntado para qué patrocina la edición de libros si los escritores “son gente mal del cerebro”.

Pareciera una perogrullada la diatriba de estos seres improductivos, la crítica de los políticos. Claro que los artistas están zafados de la cabeza. Pero hay de locos a locos. Ni hablar de Hemingway (tan zafado que se la hizo añicos) pero Van Gogh se cortó una oreja, a Dostoiewsky se le señaló como poseído por el demonio cuando los ataques epilépticos no eran tratados aún con valproato de magnesio, de Faulkner se burlaban los niños

del pueblo, Balzac se inyectaba cafeína vía bucal para mantenerse a las vivas y terminar su magna obra *La comedia humana* en varios tomos.

Miller se consiguió a una bailarina que lo mantenía de cabo a rabo y Kafka se convirtió en sabandija para asustar a su padre, quien hubiera podido nacer en Chiapas porque parecía criado por los caciques chiapanecos y sus achichincles, los gobernantes del pri (sic), a punto de salir de su tumba. Josefina Estrada suele declarar que escribe para no convertirse en homicida, pero entra y sale de la Cárcel de Mujeres porque dirige ahí un Taller de Narrativa, muy terapéutico, imagino.

Se necesita estar loco para tener ingresos irrisorios cuando que el artista podría ser un especulador como los banqueros o como los comerciantes que compran a peso para vender a dos, o dedicarse a la política y aplicar la sisa del diezmo al presupuesto, excepto los abusivos inconformes con diez por ciento y que ambicionan noventa. Pobrecitos si son rufianes y tontos porque terminan en la cárcel o viven a salto de mata.

Ignoran esos ignorantes que más vale dedicar una lanita a los libros y no una lanota a la construcción de manicomios. Así nos mantendrían industriosos a los maniáticos. Si bien ¿qué será más infamante? ¿Ser tildado de escritor loco o de político ratero?

Quién sabe qué clase de química, de clic, hicieron Gonzalí y el abogado y contador López Zepeda para que el ex presidente de la Coparmex cooperara con parte del costo de Los caminos torcidos de Soconusco. En la demencia que llevó a escribir ese libro al ahora hombre-orquesta, Gonzalí, en tanto investigaba, me dijo una tarde en La Mesa Redonda que la región del Soconusco necesitaba, además de todo, un manicomio.

¿Cómo es eso?, pregunté, empujando el codo. Sí, porque Soconusco tiene el porcentaje de deschavetados que según la ONU cualquier pueblo “produce” en promedio, si pudiera decirse así. Cumplíamos hasta con eso... ¿Y cual es ese porcentaje?, le pregunté morboso, locochón como soy y me siento y actúo, en tanto le daba una tarascada demencial (ojos entornados) a mi taco de picadillo de res bañado en salsa roja y le pedía “igual” a Beto o a Élfego. Quince por ciento, dijo Gonzalí. ¿Ni más ni menos?, pregunté, relamiéndome. Ni más ni menos, dijo Gonzalí.

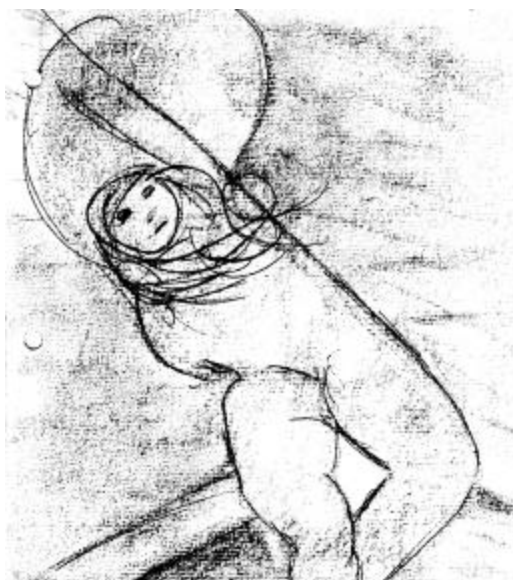
Entonces inflé el pecho (en eso estaba), orgulloso de pertenecer a ese quince por ciento, en el cual, de haber nacido en el Soconusco, estarían Jaime Sabines, Juan Bañuelos, Rosario

Castellanos, Elva Macías, Laco Zepeda, Óscar Oliva y Óscar Palacios y, del grupo de los que sí nacieron por esos rumbos: Arturo Arredondo, Hernán Becerra Pino, Máximo Cerdio, Paco Chanona, Julio César Camposeco, Alberto Elorza (+), Roberto López Moreno, Carlos Olmos (+), Balam, Rodríguez, Joaquín Vázquez Aguilar (+) y y los chalados del Taller de Narrativa de Tapachula: Elnecavé, Godofredo, Gonzalí, Lópezventura, Miriam, Monserrat, Rubí, Wilber, los chiflados pero a lo bestia, y quienes padecen demencia precoz: Romelia (12 años), y Christian (16).

Me quedé pensativo con las palabras del señor Zepeda. No será, me pregunté que por eso los políticos “no” le pagan a los escritores los discursos que les escriben o los artículos publicados en periódicos propiedad de los políticos metidos a editores. Total, estamos trastornados del magín.

Está bien, no paguen, me dije, y llévense diez o cien por ciento de los impuestos, incluida la frullilla de los baños públicos. Pero no acaben por inanición con los gallos y a las gallinas de los huevos de oro. Por eso Fox dice Borgues y no Borges. Publíquennos cuando menos. No sean “ojeis meis”. Salimos más baratos fuera de La Casa de la Risa que dentro (médicos, enfermeras, vigilantes, drogas). Aparte de ignorantes estos seres cuerdos, segundones aspirantes a alcaldes, son cretinos, con sus excepciones, uno por ciento.

Bastaría con preguntar cuántos pintores, músicos, compositores, poetas, narradores, dramaturgos, ensayistas, actores, los perturbados pues, han puesto en alto el nombre del país, como suele decirse, y cuántos políticos de tercera, rateros o no. ¿A ver...? ■



Iris Aldegani